

los innovadores del siglo, que no es otra cosa (ya lo habeis visto) que la licencia desenfadada de las pasiones, quise decirlos que por momentos se acercaba el día mas feliz para la España en que, sentado nuestro amado monarca en el solio que por ley y por voluntad expresa de sus pueblos le corresponde, conjuraba la nebulosa y cargada atmósfera y bendecía su suelo, concediéndole la mas completa y duradera bonanza; mas suspendí mi augurio hasta poderlo comprobar con hechos irrefragables, con victorias conseguidas en nuestros campos. Así ha sucedido, así lo ha dispuesto el Dios de los ejércitos que visiblemente nos protege....

»La victoria de este día es la prueba relevante de que nada podrá oponerse al valor y bravura de los que pelean por su rey y su religion. Cuantos esfuerzos hagan los traidores se estreñarán en nuestros pechos de bronce, ya lo habeis visto. Al llegar esta mañana al pueblo de Zamarramala, divisé esta ciudad que parecia inexpugnable por su posicion natural, sus obras fuertes sobre las que ondeaba la bandera de la usurpacion. No obstante, sin otros elementos que el duro brazo de mis soldados determiné entrar en ella, significué mi pensamiento, y no hubo necesidad de mas. Corrieron, volaron, treparon los muros y arrasaron cuanta oposicion se les presentó....

»Contentísimo me hallo, honrados castellanos, con vuestra decision....

»A las armas, pues; aunados con el ejército del legítimo Rey de las Españas Carlos V, aniquilareis muy en breve el ominoso partido que en sus últimas bocanadas de vida trata de hacer débiles é impotentes esfuerzos.

»Viva el Rey y la religion! 4 de agosto de 1837.—El comandante general de Castilla, *Zaratiegui*.»

Restaba por tomar el alcázar, y aunque no era importante como fortaleza, bien cabia haber prolongado su defensa hasta la llegada de las tropas libertadoras, las que no podrian tardar mas de cuarenta y ocho horas. Habíanse apoderado los carlistas de dos piezas de artillería cogidas en la lucha por las calles y de ellas se sirvieron para colocarlas en batería contra la puerta principal del alcázar. De poco efecto para rendir el fuerte eran aquellos cañones de balerío de escaso diámetro, pero empleados como medio de intimidacion produjeron su efecto, toda vez que en el mismo día quedaron concertadas las bases de una capitulacion que por la noche quedó firmada.

Grande fué la sorpresa que ocasionó en Madrid la toma de la histórica ciudad vecina de la corte y del real sitio de San Ildefonso, y no menor el aliento que cobraron los que en Madrid y en los pueblos de la provincia y de las limítrofes simpatizaban con los expedicionarios.

Pero los liberales tenían confianza en la llegada de Espartero, de Mendez Vigo, de Azpiroz, de Puig Samper que por diferentes caminos se adelantaban en auxilio de Madrid.

Si la division que mandaba Mendez Vigo y cuyos fluctuantes movimientos en los anteriores días á nada provechoso habian conducido, tal vez por no haberse considerado bastante fuerte para salir al encuentro del enemigo, hubiese procurado interponerse entre este y la capital, el golpe de mano de Segovia, la rendicion del alcázar y el saqueo de la ciudad se habrian evitado.

Resuelto Zaratiegui á sacar todo el partido posible de su conquista, no perdió momento en arreglar un tren de artillería y en organizar un batallon de voluntarios; hizo además acopio de víveres y de municiones y perseverante en su primera idea de producir sensacion en Madrid se adelantó hasta las Rozas, pueblo que solo dista cuatro leguas de la capital.

Pero aquel alarde de fuerza fué pasajero respecto á amenazar seriamente á Madrid.

La division de Mendez Vigo vino á ocupar el indicado punto que no pretendieron retener los carlistas contentándose con la satisfaccion de haber dado vista á Madrid. Las brigadas de Puig Samper y de Azpiroz vinieron á reforzar la division Mendez Vigo, uniéronse á estas fuerzas destacamentos de la milicia nacional, pusieron cañones en batería é improvisóse en las Rozas una especie de campo atrincherado que puso la residencia del gobierno á cubierto de toda tentativa por parte del enemigo.

El día 9 y despues de haber pasado revista en Segovia á sus

batallones movióse Zaratiegui en direccion de la Granja cuya guarnicion la evacuó, no sin haber sufrido la desercion de una buena parte de la misma que se pasó al enemigo. Quedaron en Segovia los empleados de la expedicion y todo el personal de la recién instalada junta de Castilla.

De regreso de la Granja donde solo dejó Zaratiegui una gran guardia encargada de darle aviso de todo movimiento hostil que pudiese venir del lado de allá del Guadarrama, bajó á Torrelodones, mas bien para hacer alarde de confianza que con ánimo de empeñar una accion. Limitóse á destacar guerrillas que entretuvieron todo el día 11 un tiroteo que duró hasta bastante entrada la noche.

Espartero se acercaba á Madrid, y llenado el primitivo objeto de Zaratiegui, el de atraer hácia la capital las fuerzas destinadas á hostilizar á don Carlos, pasó el Guadarrama, evacuó á la Granja y siguió su retirada á Espinar donde pernoctó el 12.

En este último punto tuvo aviso de hallarse en Villacastin un escuadron y dos compañías de tropas de la Reina, y aprovechando la oscuridad de la noche hizo marchar al coronel Ortigosa con alguna caballería destinada á sorprender el destacamento liberal, como en efecto lo verificó con completo éxito, habiéndose Ortigosa hecho dueño de 85 caballos y 150 prisioneros.

Conocida que le fué la aproximacion de Espartero y alejándose que hubo Zaratiegui, las tropas que acantonadas en las Rozas cubrian á Madrid recibieron orden de seguir la retirada de la faccion, la que por cierto se movia si no con lentitud, sin apresuramiento al menos, circunstancia que habria permitido á las columnas de Azpiroz, Puig y Mendez Vigo, haber ejecutado una rápida marcha y hecho pagar á Zaratiegui la audacia de sus movimientos.

Habia el jefe carlista destacado á Avila al brigadier Iturbe cuando supo que las brigadas que se retiraban de las Rozas habian pasado el Guadarrama y apresuróse á prevenir á Iturbe que se le uniese en Villacastillo. Púsose él mismo en marcha casi á la vista de las fuerzas liberales y maniobró, preciso es reconocerlo, con tanto acierto y buena estrella, que llegó reposadamente al término de su jornada ínterin la division flojamente perseguidora no pasaba de Abades.

Muy deseosos se hallaban los expedicionarios de conservar á Segovia y de haber hecho de ella una especie de Seo de Urgel ó de Estella castellana; pero hubieron de reconocer en el consejo de guerra celebrado el segundo día de su regreso á dicha ciudad, la imposibilidad en que se hallaban de hacerse fuertes en ella en condiciones duraderas. Los víveres que hubieran podido reunir apenas habrian sido suficientes para la guarnicion que dejasen y no para muchos días, y en punto á municiones de guerra se hallaban sumamente escasos.

El alcázar no era defendible contra la artillería de calibre, y todo les ofrecia la seguridad de que no teniendo bases de operacion, puntos de ocupacion permanente en los que pudiesen apoyarse los que defendieran á Segovia, la satisfaccion de hoy se les habria convertido en la humillacion de mañana.

La mayoría de los jefes que asistieron al consejo hubieron de rendirse á la evidencia y la evacuacion de la plaza quedó decidida; pero estuvo muy á pique de que hubiese sido insuficiente el acuerdo encaminado á salvar la expedicion, si no hubiese llegado tan á tiempo y cuando todavia se hallaba reunida la junta el aviso de que las fuerzas liberales en combinacion con una columna que Espartero hacia bajar de la Granja, caerian por la madrugada sobre los expedicionarios. Aprovechando tan importante aviso, adelantó Zaratiegui la hora de la partida, y gracias á esta diligencia y precipitando los aprestos, entré ellos el de clavar las piezas de artillería que no podian ser trasportadas, púsose en marcha la expedicion, la que despues de una larga y penosa jornada hizo noche en Peñaranda, ínterin los liberales se quedaban en Aranda de Duero, sin que la superioridad de su caballería les valiese las evidentes ventajas que debieron reportar de haber aprovechado el golpe de fortuna de que masas carlistas se hubiesen aventurado á visitar las dilatadas llanuras de Castilla.

En defensa de las operaciones del general Mendez Vigo se ha alegado que si no fué ni activa ni venturosa su persecucion de la expedicion de Zaratiegui, debe principalmente atribuirse á que este le llevaba dos dias de delantera en su marcha á Castilla la Nueva. Estos dos dias de ventaja que llevaba Zaratiegui sobre Mendez Vigo habria podido el último ampliamente recuperarlos en los tres dias que los carlistas descansaron, uno en Santa Cruz, otro en Retuerta y el dia en que se detuvo Zaratiegui á la vista de Lerma, provocando al combate al general de la Reina.

Sin haber aspirado Mendez Vigo, si para ello no tenia confianza en sus tropas, á salir al encuentro de Zaratiegui, con haber forzado sus marchas ocupando oportunamente á Segovia, no hubiera esta ciudad sucumbido ni su capitulacion hubiera venido á consternar al público de Madrid. No nos es sugerida esta observacion por la menor prevencion desfavorable á la merecida reputacion militar de aquel honrado soldado.

Pero en guerras de la índole de las nuestras civiles, se requieren en los generales condiciones de iniciativa, de empuje, de *cavita resolucion*, cualidades que tuvieron respectivamente y segun las necesidades de su época Mina, Juan Martin (el Empecinado), Zumalacárregui, Espartero, Narvaez, O'Donnell, Cabrera, de quienes sin lisonja y sin temor de equivocacion, puede opinarse que ninguno de ellos habria dejado llegar impunemente á Zaratiegui á las puertas de Madrid.

Justo es tambien tener en cuenta para juzgar la participacion que en la campaña de verano de 1837 tuvo el general Mendez Vigo, que como capitán general de Castilla la Vieja, tenia importantes puntos que cubrir en el territorio de su mando; Burgos, Valladolid, Palencia, la Sierra, refugio esta de facciosos y carlistas, debieron llamar su atencion, y si no recibió órdenes precisas de mirar como su primer cometido el de seguir á Zaratiegui, los movimientos militares de que hablamos dejan intacta la responsabilidad del capitán general del distrito militar de Valladolid.

Sin suficiente equidad en nuestro sentir se la impusieron severa á Mendez Vigo la opinion y el gobierno por no haber impedido la toma por los carlistas de Salas de los Infantes, de cuyas resultas y despues de la accion de Nabreda presentó dicho general la dimision que le fué admitida. Antes de que Mendez Vigo hubiese entregado el mando, tuvo que pasar por la mortificacion de que Zaratiegui obtuviese dos nuevos triunfos, el de la toma del fuerte de Burgo de Osma y seguidamente del de Lerma, donde cayó prisionera su guarnicion de ochocientos hombres. Suerte habia tenido el general carlista en haber podido proveerse de municiones de guerra tanto en Segovia como en los puntos fortificados de que se habia apoderado, pues con las municiones que sacó de las provincias Vascongadas no hubiera podido guerrear arriba de una ó dos semanas.

Lisonjeadó Zaratiegui por el éxito de empresas que la suerte favorecia en alto grado, estimulóse su ambicion á mayores resultados, y hasta llegó á concebir la esperanza de que la insurreccion echase raíces en Castilla. Habíanse alistado en sus banderas numerosos voluntarios, y de ellos formó los batallones 1.º, 2.º y 3.º de Burgos y el 4.º de Castilla, que en gran parte pudo armar con los fusiles de las guarniciones prisioneras.

Puig Samper, quien por no haberse presentado Aldama en reemplazo de Mendez Vigo ejercia el mando en Castilla la Vieja, pasó de repente el Somosierra y se estacionó en Buitrago, movimiento que hizo creer á Zaratiegui que le quedaba franco el territorio de aquel distrito. Entregábase el jefe expedicionario con tanto mayor engreimiento á sus ambiciosos proyectos, cuanto que á la vez ignoraba dónde se hallaba don Carlos y cuál era exactamente la posicion de Espartero, y no teniendo delante enemigos que le estorbasen, concibió el atrevido designio de enseñorearse de Valladolid.

El general Espinosa, que regentaba el mando superior del distrito, alarmado por la aproximacion de Zaratiegui, determinó no esperararlo, y despues de dejar guarnecido el fuerte de San Benito con ochocientos hombres, dotándolo con diez y seis piezas de artillería y bien provisto de municiones, unió á la

restante fuerza los nacionales de la capital y emprendió su retirada á Riofrio y seguidamente á Toro.

Al encuentro de Zaratiegui, próximo á penetrar en Valladolid, salieron dos regidores del ayuntamiento carlista formado por acuerdo de los liberales al evacuar la ciudad, y momentos despues se presentaba á Zaratiegui un oficial portador de una comunicacion del gobernador del fuerte en la que manifestaba que para evitar derramamiento de sangre y estragos á la poblacion se habia encerrado en San Benito; que la ciudad quedaba á la disposicion de los invasores, los que no serian molestados por la guarnicion del fuerte á menos de no tener esta que defenderse, en cuyo caso emplearia el gobernador todos los medios que tenia á su disposicion. Nada contestó por el momento el jefe carlista, limitándose á enviar solamente un destacamento de caballería en seguimiento de la columna de Espinosa.

A corta distancia de la ciudad encontró dicha fuerza una partida de tropa que conducia cuatrocientos penados, de los que se apoderó así como de las armas de la escolta, que entregó esta sin hacer la menor señal de resistencia.

Grande fué el alborozo del no reducido número de partidarios de don Carlos que de Valladolid salieron al encuentro de las bien disciplinadas tropas de que se componia la expedicion, habiéndose distinguido entre los festejantes el señor obispo de la diócesis.

En perfecto orden hicieron su entrada los vencedores de la fácil empresa, y para tranquilizar al vecindario, dictó Zaratiegui las órdenes mas severas á efecto de que sus soldados no causasen la menor molestia á la poblacion. Mandó en seguida colocar centinelas en derredor del fuerte de San Benito, y dispuso que la tropa se alojase. Sin pérdida de dia hizo salir destacamentos para Tordesillas, Medina del Campo y demás centros de poblacion, encargados de promover el alzamiento del país, recoger las armas y uniformes de los nacionales y requisar caballos.

La posesion del fuerte por los liberales embarazaba los planes de Zaratiegui, y esta consideracion le dispuso á abrir negociaciones con el gobernador, el que se prestaba á evacuar la fortaleza mediante la salida franca de la guarnicion y la facultad de llevarse todas las existencias que contenia el fuerte, debiendo concedérsele todo el tiempo que necesitase para verificar la traslacion. No accedió Zaratiegui á esta propuesta, y con toda la cautela que la operacion requeria, dispuso la excavacion de una mina que diese acceso al interior de la fortaleza; pero apercebido de ello su gobernador, resueltamente intimó que de continuarse los trabajos romperia las hostilidades, contingencia que no quiso admitir Zaratiegui, toda vez que sin probabilidades de un resultado inmediato, sacrificaría un tiempo que necesitaba aprovechar mas útilmente.

En extremo provechosa iba siendo para los expedicionarios su estancia en Valladolid, toda vez que los pueblos se prestaban á cuantos pedidos les eran hechos, contribuyendo con recursos y reclutas, con los que formó Zaratiegui el batallon de voluntarios que tomó el nombre de la ciudad.

Nada de positivo habia logrado saber el jefe de la expedicion acerca de la situacion y paradero de don Carlos, á quien no habia cesado de dirigir partes de todos sus movimientos, cuando el 23 de setiembre, quinto día de su entrada en Valladolid, recibió la siguiente comunicacion del cuartel real:

«El movimiento practicado por el ejército del Rey nuestro señor al centro de la monarquía y de Castilla la Nueva, ha llamado á él, como S. M. lo habia previsto, la totalidad de casi todas las fuerzas enemigas de Aragon y Valencia, y dejado sin reserva los cuerpos de Castilla, de modo que V. S. puede ya trasladarse á la izquierda del Duero y doblar la cordillera (v. g.) por Almazan á Sigüenza sin el menor riesgo, con tal que anticipe V. S. algun aviso para que por parte de Su Majestad sea secundada la operacion que V. S. practique ó no, segun las fuerzas enemigas que se opongan y disposiciones que las mismas tomen.

»Lo digo á V. S. de R. O. etc.—D. G. á V. S. M. A.—Real de Mondejar 13 de setiembre de 1837.—*Cabañas*.»

En su consecuencia dispúsose Zaratiegui á dar inmediato cumplimiento á las órdenes de don Carlos, lo cual exigia la

evacuación de la ciudad y su territorio, pero á fin de mantener la ilusión de los pueblos en el poderío de la causa carlista, ínterin tomaba las disposiciones necesarias para llevarse los repuestos fruto de sus conquistas, hizo salir en dirección de donde se hallaba Espinosa una brigada á las órdenes de Iturbe, á cuya aproximación el general de la Reina abandonó á Toro, con lo que lograba en parte Zaratiegui su propósito, acreditando entre los castellanos la opinión de que crecía en vez de menguar el próspero estado de la causa del Pretendiente.

La consiguiente inquietud y alarma que al gobierno ocasionaba el dominio de los carlistas sobre el territorio de Castilla le arrancó ejecutivas órdenes al cuartel general de Espartero, para que acudiesen tropas que contuviesen los progresos de aquel activo jefe enemigo. El barón de Carondelet al frente de siete mil ochocientos hombres se adelantaba, peligro que obligó á Zaratiegui á precipitar su salida que emprendió en dirección de Roa, confiando su retaguardia á los batallones séptimo de Navarra y 1.º de Castilla, reforzados por caballería, los que no tardaron en venir á las manos con la vanguardia de Carondelet por la que fué perseguida la división expedicionaria con pérdida de bastantes extraviados y prisioneros hasta las cercanías de Tudela de Duero.

Hallábase bloqueado por los carlistas el castillo de Peñafiel cuando Zaratiegui operaba su retirada de Valladolid, y sabedor de que el pundonoroso gobernador de la fortaleza no admitía las proposiciones de capitulación presentadas por el coronel Durán, había determinado compeler la rendición mediante el envío de refuerzos, cuando llegó á sus manos una comunicación del cuartel real participándole que don Carlos se había retirado y que tomaría probablemente la dirección de Burgo de Osma. En vista de tan inesperada nueva hizo Zaratiegui salir inmediatamente al encuentro de don Carlos al canónigo Barrio encargado de hacerle conocer dónde se hallaba la división de Castilla y de anunciarle que al día siguiente llegaría á Roa, á menos de no recibir otras órdenes del cuartel real.

En marcha para el punto que había anunciado, recibió Zaratiegui aviso de la llegada de don Carlos al Burgo y en su vista dispuso forzar la marcha y que sus tropas acampasen sobre ambas orillas del Duero.

Aquella misma noche tuvo aviso de que el general Lorenzo con fuerzas de consideración procedentes del cuartel general de Espartero se hallaba en Boceguillas; en virtud de cuya novedad dispuso que muy de madrugada se pudiese en marcha la división para Aranda á fin de ocupar su puente antes de que llegase Lorenzo.

Bien le estuvo á Zaratiegui la previsora actividad con que había obrado, pues sus tropas llegaron á la cabeza del puente momentos antes de que se presentase Lorenzo. Acerca de la posesión de aquel importante punto dióse en la mañana del 27 de setiembre un empeñado combate en el que jugó ampliamente la artillería. En lo mas empeñado de la acción recibió Zaratiegui una nueva comunicación de don Carlos ordenándole procurase estar en Roa el 28 con todas sus fuerzas, en cuyo punto se verificaría la unión de los dos cuerpos de ejército. En medio de estas peripecias seguía todavía la acción empeñada, cuando vino á distraer la atención de Zaratiegui la llegada de otra orden ministerial fechada el 28, en la que se le participaba haber sido detenida la marcha de don Carlos por un temporal muy fuerte, pero que la continuaría para el punto que le tenía indicado cuando mejorase el tiempo, por lo que prevenía á Zaratiegui no dejase de esperar en Roa la llegada de la expedición real.

Tuvo sin embargo don Carlos que precipitar su salida del Burgo viéndose amenazado de cerca por Espartero, y seguía á Roa donde esperaba encontrar á Zaratiegui, cuando llegado que hubo á Aranda se encontró la acción empeñada y defendido el puente, á lo cual debió su salvación don Carlos, pues de no haber sido por la diligencia de Zaratiegui, no hubiera el Pretendiente podido evitar su derrota la mas completa.

Pero una vez reunidas la expedición de don Carlos y la de Zaratiegui, no podía Lorenzo luchar sin gran compromiso con

fuerzas muy superiores á las suyas y se retiró á Boceguillas á esperar la llegada de Espartero.

Verificada la reunión de los dos cuerpos de ejército salidos de las provincias Vascongadas para pasear por España la bandera de guerra contra el régimen constitucional, dejaremos de denominarla por el sustantivo de expediciones designándola desde el día en que se confundieron con el nombre genérico de ejército de don Carlos en operaciones.

Dejamos anteriormente explicado que al acudir el general en jefe al gobierno, alarmado é inseguro respecto á la dirección que tomase la expedición de don Carlos despues de las batallas de Huesca y de Barbastro, había Espartero maniobrado de la manera mas conducente á ocupar una posición intermedia que le permitiese dirigirse á Madrid, á Valencia ó al Bajo Aragon, segun lo requiriesen las necesidades de la guerra.

La entrada de Zaratiegui en Castilla y los progresos que en ella hacia, compelieron al gobierno á apelar de nuevo á Espartero para que acudiese en auxilio de la capital ó por lo menos destinase fuerzas suficientes para animar á la milicia y al vecindario, disponiéndolos á una resistencia que diese tiempo á que el general en jefe se presentase á escarmentar la audacia del enemigo.

Hallábase Espartero en Daroca cuando le llegó la noticia de la entrada de Zaratiegui en Segovia y lo expuesto que se hallaba Madrid. Púsose inmediatamente en marcha en dirección á Guadalajara, donde tres dias despues hacia su entrada seguido por la caballería y su estado mayor, y horas despues por los batallones de la Guardia.

Al ponerse en camino desde Daroca había encarecido Espartero la urgente necesidad en que el ejército se hallaba de encontrar en Guadalajara equipo, calzado y dinero, pues de todo carecía, segun venia siendo costumbre desde que, desorganizado por la guerra y la revolución el antiguo sistema rentístico del país, el nuevo no se hallaba todavía establecido.

La llegada del general en jefe á Madrid fué un verdadero acontecimiento, que solo podia ser debidamente apreciado tomando en cuenta el estado moral en que se hallaban la capital, el ejército y la nación. Los sucesos de la Granja y el cambio de régimen á que dieron lugar, habían segregado y puesto, uno en frente de otro, en sorda pero declarada hostilidad, á los dos elementos que constituían las fuerzas vivas de la gran causa en que el país se hallaba empeñado. El elemento conservador, compuesto de la aristocracia y de las clases acomodadas, repugnaba el radicalismo que prevalecía en las esferas del gobierno; y este y el partido progresista, por él representado, lo habían hecho bastante mal para que se hubiese desarrollado un espíritu de decidida reacción contra la marcha y procedimientos del gobierno. En la esfera oficial y en las Cortes dominaba la influencia progresista; pero en la sociedad y en el ejército tenían fuertes raíces los conservadores.

Habíase organizado en el seno de este último partido un centro directivo, representado por la asociación secreta que tomó el nombre de *Sociedad de Jovellanos*. No pertenecía á ella seguramente el general Espartero, pero hallábase rodeado de oficiales generales íntimamente ligados con el jovellanismo, de cuyo espíritu participaba la oficialidad de la Guardia real, que componía la parte mas veterana y mas disciplinada del ejército.

Sin haber contado con la aquiescencia del general en jefe, pero confiados en que no se opondría á los deseos de los oficiales que mayor influencia ejercían en la Guardia, determinaron que la llegada de esta á Madrid marcara el término de la duración del gabinete Calatrava; y en este sentido verificóse en el pueblo de Pozuelo y en el de Aravaca, vecinos á Madrid, donde estacionaban las brigadas de la Guardia, una especie de pronunciamiento que, sin tener nada de tumultuario, fué en extremo significativo. La impopularidad del ministerio en el ejército reconocía por causa principal el abandono de recursos en que se le tenía y las privaciones á que no dejó de estar sujeto. Apoyados en estos sentimientos de disgusto, los oficiales de la Guardia declararon que no se moverían de sus cantones ínterin no se variase el ministerio. Es-

partero, que seguramente no era extraño al móvil que impulsaba á los oficiales de la Guardia y que conocía como ellos la nulidad del ministerio, no quería, sin embargo, prestarse á un movimiento al que los jovellanistas, que á las claras manifestaban pretender ir mucho mas allá, podían dar un carácter revolucionario. Para resistirlo ofrecía amplio y autorizado campo á Espartero la ordenanza y el estado de guerra; y no habiendo logrado que los oficiales se calmasen y desistiesen de la exigencia de un cambio efectuado por la presión, aunque indirecta, de las bayonetas, dictó el general la separación de los oficiales disidentes, destinándolos á esperar órdenes al pueblo de Fuencarral. Desde el momento que el general en jefe no hacia causa comun con los pronunciados, dejaba el pronunciamiento de ser viable y quedó efectivamente ahogado merced á la tácita transacción á que se prestó el mismo Espartero, obteniendo de los oficiales que volviesen al frente de sus compañías y arrancando del gobierno una real orden que autorizaba al general en jefe á proceder á la incorporación en sus filas de los oficiales separados de ellas, verificándolo como lo creyera mas conveniente *para comprometer lo menos posible la disciplina del ejército y el decoro del gobierno*.

La transacción, cuyo principal objeto fué el de que no apareciese Espartero como cabeza de un motin militar y de que los oficiales pronunciados no apareciesen como habiendo impuesto la ley al gobierno, dejaba, sin embargo, cumplido en todas sus partes el móvil de que había sido expresión la actitud tomada por los oficiales de la Guardia en Pozuelo y Aravaca.

En efecto, el ministerio, despues de tales sucesos, no podia menos de presentar su dimisión, que le fué admitida, siendo reemplazado por un gabinete, cuya presidencia con el ministerio de la Guerra se confería á Espartero, encargándose del despacho, ínterin aquel permanecía al frente del ejército, el subsecretario don Pedro Chacon. La cartera de Gobernación se confirió á don Manuel Vadillo, la de Gracia y Justicia á don Ramon Salvato, la de Hacienda á don Pio Pita Pizarro y la de Marina y Ultramar á don Evaristo San Miguel; diputados todos ellos de las Cortes constituyentes que se hallaban reunidas y perteneciendo todos igualmente al partido progresista, pero de matiz mas templado que el de los ministros salientes.

Zanjada en los antedichos términos la cuestión política y removido el obstáculo que detuvo á Espartero en Madrid y Torrelaguna desde el 15 al 27 de agosto, quiso este general señalar la actitud que tomaba por medio de la siguiente orden del día: «Compañeros: cuando vuestro general os ha dirigido su voz, lo ha sido porque lo reclamaba el bien de la patria y vuestra gloria: hoy el mismo bien y vuestra conservación me obligan á llenar este deber sagrado. Estoy seguro que penetrará en vuestros nobles pechos como la voz de un padre celoso de que el genio de la discordia no cause la ruina de sus hijos.

»Hasta ahora habeis peleado con valor, constancia y sufrimiento contra el bando carlista. Sus esfuerzos siempre han sido nullos: vosotros los habeis destruido en los gloriosos combates: vuestra sangre ha corrido á la par que la mia en defensa de la mas justa de las causas. Ellos deberian haber desaparecido ya del suelo que han manchado con mil crímenes; mas los partidos los sostienen: esos partidos que con diferentes formas aspiran al poder, y sin reparar en consecuencias quieren desunirnos y arrastrarnos hácia sí para llenar su ambición. Creedme: tales partidos no son otra cosa que los agentes del príncipe rebelde. Soldados: no deis cara jamás á las ocultas maquinaciones; no seais instrumentos ciegos del desorden que procuran introducir en las filas. Sed obedientes á vuestros superiores: llenad vuestro deber; que la disciplina sea vuestro norte. Entre vosotros no hay mas que una divisa: Isabel II: Reina gobernadora como Regente: Constitución del año 1837.

»Unidos bajo esta bandera, que hemos jurado defender, seremos invencibles: desaparecerán los hombres turbulentos y no tendremos mas enemigos que los rebeldes. Contra estos es seguro el triunfo que siempre tendrá la gloria de proporcionaros vuestro general, *Espartero*.

Forzando sus marchas llegó el conde de Luchana á Daroca

el 1.º de setiembre. Allí supo que don Carlos se había dirigido á Calamocha; siguiólo sin que este diese lugar á alcanzarlo, porque el perseguido buscaba siempre los terrenos montuosos y evitaba la necesidad de combatir; táctica que no cansó la perseverancia de Espartero, que no lo perdía de vista aunque no fuese á buscarlo á parajes donde la victoria no hubiera dado resultado por la absoluta imposibilidad de perseguir al enemigo. Acompañó de esta suerte el ejército liberal al del Pretendiente por Pozondon, Orihuela del Tremedal y Bronchales hasta el pie de la Sierra de Albarracin, cuando con gran sagacidad adivinó Espartero que el Pretendiente buscaba el unirse á Cabrera para, una vez reforzado con los batallones y escuadrones que este pudiera traerle, intentar algo decisivo antes de terminar su larga é infecunda campaña. Pensó entonces dirigirse á Cuenca para desde allí atender á Madrid ó torcer al Este si don Carlos volvía á penetrar en el territorio de Valencia.

No coincidía la opinión de Oraá con la de Espartero, persuadido el primero de que el Maestrazgo seria el teatro de las operaciones de la campaña. Sin darse por convencido de sus razones, insistió Espartero en dirigirse á Cuenca con las tropas procedentes del ejército del Norte, dejando á disposición de Oraá las correspondientes al del Centro.

Para salir de Cuenca, y siempre falto de recursos con que atender á las mas precisas necesidades del ejército, tuvo Espartero que recurrir al medio, frecuentemente por él empleado, de levantar dinero sobre su crédito personal. El 10 se puso en marcha para Madrid con ánimo de preceder, si era posible, á don Carlos, que seguía diferente camino.

Ocupémonos ahora del itinerario que esté siguió. Despues de su victoria sobre Buerens en Herrera ó Villar de los Navarros, don Carlos seguía, como hemos visto, eludiendo á costa de penalidades y trabajosas marchas, ser alcanzado por Espartero. Interin este se detenía en Cuenca para proveer de calzado á sus soldados, don Carlos se deslizaba por la izquierda de su adversario y pasaba el rio Cabriel, pernoctando el 6 de setiembre en Salvacañete. De este punto se dirigió á Alcalá del Campo y Campillo de Alto buey, donde el Pretendiente y su gente experimentaron la satisfacción de encontrarse en país mas abundante de recursos, y cuyos habitantes, clero y señaladamente las mujeres, recibieron con grandes señales de simpatía á los carlistas. Siguieron estos á Galdon, Valderdejo, la Olmedilla, Buenache y Alarcon, donde se incorporó Cabrera al grueso de la facción, en cuyo auxilio trajo diez batallones y un regimiento de lanceros. Reforzado el ejército de don Carlos, dirigióse á Almorechon, Hinojosa de Herrera, Villar de Cañas y Saclices, donde se alojaron el día 10. La inmediata etapa fué Tarancon, en cuya ciudad se alojó don Carlos en la casa del padre del futuro duque de Riánsares. El 11 continuó el ejército á Belinchon, por donde pasaron el Tajo. La próxima jornada los condujo á Fuentidueña, pueblo que recibió á don Carlos con música, palio y grandes demostraciones de entusiasmo. El siguiente día pasó el Pretendiente el Tajuña por el puente de Perales, y á la mañana siguiente, desde Arganda, dieron vista á Madrid, cuyas torres y campanarios debieron producir en el ánimo de los peregrinantes partidarios del Pretendiente una impresion hasta cierto punto comparable á la que debieron experimentar Godofredo y sus cruzados al contemplar los muros de Jerusalem, con la diferencia inmensa de que, menos afortunados que los creyentes del siglo XI, sus imitadores en la edad presente no estaban destinados á que la victoria coronase sus esfuerzos como lo fueron los discípulos de Pedro el Ermitaño.

Al ponerse en marcha de Cuenca para Madrid, anunció Espartero que si los enemigos se presentaban antes que él á las puertas de la capital, le llevarían muy pocas horas de ventaja. «La Reina, el gobierno, las Cortes y el vecindario de Madrid—decía la comunicación de Espartero,—deben descansar en la seguridad de que no perderé de vista á los rebeldes, y si no logro alcanzarlos, bastará que por poco tiempo se defienda esa capital.»

En la prevision de un ataque de los carlistas á Madrid, el distrito de Castilla la Nueva se hallaba en estado de sitio, medida que fué adoptada en los dias en que Zaratiegui se